

Lo que queda al descubierto después de un accidente

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Lo que queda al descubierto después de un accidente. Libro constituido por treinta poemas en torno a distintos alimentos, vajilla y objetos que estuvieron guardados durante siete años en una alacena y que, un día al caerse, dejó al descubierto el corazón de una familia hecho de cacharros, ilusiones, frascos y paquetes. 2021.

Domenech, María Tamara

Lo que queda al descubierto después de un accidente / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-86-9490-0

1. Literatura Argentina. 2. Poesía Argentina. I. Título.

CDD A861

Polenta

La hacía la madre de una amiga
cada vez que iba a su casa
platos que alimentan
se secan y pasan a la historia
de la vajilla
de la comida
de una amistad.

Después había postre en el living al que se llegaba por una escalera
los pisos de madera
mi hermana pequeña
mi madre recién separada.

Cómo es que una amiga deja de ser verdad
o

¿la verdad es un plato de polenta con salsa que flota en un espacio imperecedero,
imperial?

A la noche deslizábamos la mano por la baranda
y en un auto atravesábamos la soledad hasta llegar cada una a su cuarto.

Cuando estoy llena me cuesta dormir
se produce una fractura entre lo comido y lo por soñar.

No existe un movimiento fluido
sino uno encriptado.

La diferencia entre nuestras madres.

Tener una postura contrasta con las cosas que tenés o cómo te comportás.

Esa era la verdad que en los 70 se cortaba con un cuchillo.

Como el queso que iba a parar un pedacito a cada plato.

Hasta que se derritiera ya era cosa de un disfrute colectivo.

El poder de contar

vení, sentate, charlemos.

Este es el frasco de plástico en el que guardo la polenta ahora
mi amor sin rencor.

Duraznos en almíbar

Dos latas compraba mi mamá
por si nos quedábamos sin fruta o venía alguna visita.
Es fácil abrirla con una mariposa
volcar el almíbar dentro de un recipiente
hasta que caen pesadas las mitades de duraznos
para servir en un vaso compotera especial.
Tener un alimento que espere
me hace acordar a una vez en un sueño
que estaba con mis hijxs y no me animaba a cruzar la calle
hasta que se acercaba un hombre y, sin que tuviera que pedirle, ¿me ayudás?
daba un paso y cuando giraba la cabeza veía mi miedo desde la vereda de enfrente
un líquido evaporado.
Después nos convidaba un chocolate
que mordía despacio.
Así mi boca se transforma en una disposición
en la que no hay cosas y hay que salir a comprar
y luego, confiar en que a otrxs, algo de lo que una pensó y guardó
le pueda gustar.

Aceitunas negras

En sachets estamos en la casa
después de un año sin salir
qué comer
es preguntarnos
qué hay
qué se puede o no comprar
con qué combinaciones de alimentos nos ponemos contentos.
Después de las seis me suelto del mundo
comienzo una vida en el techo arriba de una hamaca
lejos de las cosas que requieren un corazón mecánico
estoy a medias, estirada
a mí también me gustaría nadar
con los ojos cerrados
y que el agua agria picante entrara por mi boca
me haría escribir un punto o dibujarlo.
Un punto son ambas cosas a la vez
donde cae una espada roja de plástico
que hilvana un vestido hecho con aceitunas.
Cuando no quiero pensar más
miro un camino desnudo, realizado.
Y corto el plástico, escurro el líquido y las echo en una sartén
con un tomate y hojas de albaca.
Así llenamos una cueva mientras
encendemos la tele que ilumina de mil colores
manos agarradas.

Fideos

Secos en paquetes apilados
cuando tenemos hambre inmediato los abro
y los echo en una cacerola de teflón que nos acompaña desde hace más de veintiún años.
En las casas nuevas hay vajilla vieja.
En las casas viejas hay vajilla nueva.
En la que cocino se la compró mi marido cuando se separó de su ex mujer.
Eso me dijo o eso entendí yo.
Conmigo no la compró.
Esta cacerola que me imagino de estreno
ahora está mitad y mitad
le quedó un vestido gris perlado
y un chal, cofia, zapatos y guantes negros.
Hay también vajilla que desprecio.
Se ofende por cualquier cosa
desborda el caldo
no resiste el peso móvil de lo que contiene
en la superficie muestra una cosa distinta
a lo que pasa en el fondo quemado.
Por eso, en el bajo mesada separo las buenas.
Y me pregunto, por qué sigo guardando las malas.
Es que en una casa
lo que para uno es un recuerdo para otro sería mejor olvidar.
Los estantes, las puertas, los cajones
¿habrán sido pensados para dividir lo que está unido?
o
¿unir lo que se dividió?
Desde que se cayó la alacena
no hago más que dejarme llevar por lo que queda al descubierto después de un accidente
el corazón de una familia hecho de cacharros
ilusiones
frascos
y paquetes.

Azucarera

Azul

de plástico transparente resistente.

Destaparla, sumergir una cucharita y, con las manos, hacer un movimiento vibrante en el aire para espolvorear las tostadas o uno directo sobre el fondo de la taza.

Transformó los rostros que la vieron en una memoria blanca que no perdió cuando se rajó.

Encontramos así otra de vidrio

Que, de tan pesada, la rompimos a propósito.

Hasta que encontramos una naranja parecida a la primera en la que el color vuelve indistinto el alimento.

Me acuerdo de la azucarera de la casa de mi infancia, de acero inoxidable con un botón negro.

La de la casa de mi padre, de porcelana amarilla con tapa para evitar que ingresaran diminutas hormigas negras, rojas y violetas que habían descubierto la riqueza de un país dulce.

Y la de un novio con forma de canastita dividida en dos compartimentos unidos por una manija que llevábamos de la cocina a la pieza de la pieza al jardín

y del jardín a la cocina

caminar por un sendero de flores con un corazón hecho de lata en el que lo amargo de la yerba esperaba

la mano que decidiera cuándo, cómo, dónde y con quién servir el mate.

La bombilla que se acerca

los labios que se abren

la garganta que traga

se llena una pileta de agua tibia

en la que nadan con los ojos abiertos, con los ojos cerrados

nuestras ideas y lo que no sabemos

también se escucha con sorbos

como si fuéramos pájaros.

Arvejas

Bolsa de arvejas congeladas me enfrían las manos.
Si vienen en latas.
Si vienen en cajas.
Recortar una puerta
una ventana en el cartón
o guardar dentro de un cubículo el vacío
cuando se manifiesta
de manera ascendente arremolina lo que encuentra a su paso
en la intemperie de la casa
forma un cuadro de las emociones del paisaje de la mente.
Con los dedos las despejo sin separarlas
de la yema de los dedos a la yema de los pensamientos
electrones blandos
con los que cocinar y ofrecer
bocados rápidos, sencillos y riquísimos.
Mi abuelo decía que había que dejar reposar
cualquier contenido que hubiera estado en contacto con el metal
después de un viaje en barco
el descanso es una enseñanza que no engaña.
Produce una meditación.
Verde
pequeña
redonda
que, a punto de ser comida, se resbala
queda debajo de la puerta del horno
detrás de la heladera
en un vértice entre un fleje y la pared
intersticios de la vida
que guardan lo que no está a la vista
hasta que alguien por inercia, obligación o azar se agacha
y, con la cabeza suelta, mira hacia a los costados
y te encuentra.

Cacao

En la casa de mi infancia el cacao se guardaba
en un antiguo frasco de mayonesa
de vidrio y tapa roja.
En la de mi padre nunca supe dónde estaba.
Entonces preguntaba ¿está acá? o ¿está por allá?
En la mía, desde hace cinco años, llenamos una lata
celeste que tiene muñequitas orientales.
Hace muchos años que vivimos aquí
y, sin embargo, olvidé dónde lo guardaba antes de tenerlo donde está.
En una lata que compramos dos días después del casamiento
con mi marido salimos a pasear por el centro de la ciudad
y, como teníamos dinero
que nos habían regalado en cambio de vajilla, sábanas o adornos,
entramos a un negocio caro
la compramos y se la regalamos a nuestros hijxs.
Estaba vacía y ahora está a tope
me gusta el límite de las cosas
me da la sensación de abundancia.
Con los años los dibujos se fueron desgastando,
no sé cómo es que la pintura
queda entre los dedos sin que lo notemos.
Me acuerdo de los nombres de lxs amigos que vinieron todos estos años a merendar
Sofía
Lucas
Marina
Gonzalo
Alfonsina
Gaspar
Guadalupe
Octavio
Lautaro
y la lista es una línea que gira en la mesa del comedor como si fuera un tren.
Me pregunto
si no serán estos nombres los que se mezclaron con aquéllas figuras
cómo las expresan
dónde las guardan
porque en las partes grises, lisas, sin imágenes
veo a cada unx que pasa y acepta
un vaso de leche con chocolate.

Café

En un frasco de plástico con tapa verde
se produce una comunicación íntima que no se expande.
En cambio, en la casa de mis abuelos, era al revés
el aroma del café en una lata cuadrillé con tapa roja
se escapaba.

En la mía fija un segundo de quien sostiene de la mano
la cucharita que vive dentro
sale al encuentro
desde el fondo de la tierra
como si fuera un brote
una piedra
una lombriz
que se vuelve maleable
permite sumergir el inicio del día
y espera a que haya otro.

Puré de tomates

En cajitas cuadradas encajan perfectas en cualquier alacena
a no ser que tenga forma irregular
se adaptan al piso de los estantes
se dejan amontonar edificios líquidos
en una ciudad futura hecha de guiso y puchero
en las que existan piletas con agua roja.
Me hace acordar a un novio que me esperaba con la mesa servida.
Quién no querría a alguien que espera
enciende una hornalla
acompaña unas pastas que llenan la panza
genera un sosiego.
La salsa de tomates crea miles de corazones dentro de un cuerpo
enviándolos a cada una de las células que forman el cerebro, los caminos, la piel.

Arroz

Doble Carolina es una especie que me recomendó María
una compañera con quien compartíamos clases en otro idioma
y que, un día, en su casa
mientras cocinábamos me decía,
yo amo pero no perdono
mis hijas me quisieron internar
después de toda una vida que les hice de comer,
eduqué
festejé cada cumpleaños.
Hay cosas que no se hacen.
Y, mientras veía sus ojos azules y sus manos ajadas de agasajar,
pensé en que yo conocía el tipo de amor que la había lastimado pero al revés,
de dos amigas,
una, cuya madre se drogaba y ella la cuidaba como una hija
y con un cariño enorme repetía,
una vida entera pendiente de nosotros necesita descuidarse, liberarse.
Y de otra, cuya madre, para la familia entera estaba insana
y ella la defendía, al decir que loca no estaba porque era la única que recordaba el nombre
de cada uno de las personas que más quería.
María hubiera querido hijas como mis dos amigas
y qué lástima es que no se puedan presentar dos momentos irreparables, como si fueran
personas.
Intercambiar gestos
prestar afectos
sacar la tristeza como si se tratara de almidón.
Desde ese entonces tengo en mi alacena un frasco con arroz
y cada vez que cocino
pienso en ella,
su boca que pronunciaba palabras despacio
como si en un diálogo tuviéramos que cruzar miles de calles
en cada esquina mirar a los costados
para no ser traicionadas por los utensilios que conocen nuestra lengua.

Harina

Un gran papel sobre la mesada de la cocina
para escribir con las yemas de los dedos
palabras que pueden ser sopladas
borradas
cocinadas
tragadas
hechas cuerpo
o enchastrar la cara en un plato
un día de cumpleaños
para encontrar con los ojos cerrados
y la boca abierta caramelos.
Me acuerdo de ese juego y no poder probar
nada
dulce
salado
nada rico.
Creyendo que estar a dieta significaría convertirme en una bailarina clásica.
Jugar y no tener premio
o que el premio estuviese en el futuro.
De la fiesta de mi mejor amiga recuerdo
los alfajores
las salchichas envueltas en masa de empanada
la torta
mientras que paseaba por su jardín
con un pote de yogurt dietético.
Si esparciera un kilo de harina arriba de esta computadora
las teclas negras quedarían blancas.
Sin verlas dejaría de escribir
y comería todo lo que tuviera ganas la niña que fui.

Yerba

Me gustan los nombres de sus marcas
en la casa de mi infancia compraban Cruz de Malta
con los años probamos Rosa Monte.
Una tía me recomendó la que llevaba el nombre de su nieta,
es decir, mi sobrina,
Amanda
era la luz de sus ojos
y como el mate, la veía diariamente.
Alguien a quien cuidar ayuda al ánimo a una determinada edad
tener obligaciones
cocinar
mirar la tele
charlar
una nieta es una oportunidad de volver a abrir ventanas cerradas muy pesadas
paquetes de yerba que, hasta que a una niña le guste,
sirve de pasto para pegar en una hoja
y caminar sobre él en el medio de un departamento.
Cuando no encuentro esa,
me decido por La Tranquera
cuyo paquete tiene impreso un caballo que pasta
me recuerda la confianza de mi hija al acariciar animales salvajes.

Sal gruesa

Que libera
una receta
que consiste en hacer un piso con ella en una fuente
colocar un kilo de carne y que vaya al horno.
Después de una hora
está rica
a gusto
a punto
y en ese tiempo hice otras cosas
como por ejemplo, escribir.
Antes tuve que pensar qué darle de comer a mi familia.
Después me senté, sabiendo que hay cosas que se hacen
prácticamente solas
pero quedan como si las hubieran visto o tocado muchas personas.
Una comida que permite darle un espacio y un tiempo a una mujer
es una comida que permite contemplar.
La tabla en la que corto está repleta de incisiones
un alfabeto de trazos deformados y superpuestos
que defiende necesidades y deseos que se hermanan.

Palmitos

En una lata guardados en el fondo de una alacena
esperan una orden sin palabras
un instante mente y mano
de quien la abra
estarán unos minutos al aire libre
vivirán una vida de mariposa
corta
el frío de la heladera
la suavidad del plato
el rastro de los rayos de sol invisibles en la noche
el corte con cuchillo
el tenedor penetrante
el agua de la boca
los dientes que mastican
la suspensión de la lengua en una hamaca paraguaya
que, sin quererse preguntar, se pregunta igual
qué hace que algo sea tan rico y costoso
cientos de hombres tropicales que trepan al cuerpo de una madre
y machetan a sus hijos
reliquias que irán a parar a una fábrica o un cuartel.
¿Será este dolor por el que una paga tanto?
O
¿Será su comercialización?
Si la lengua piensa de dejar de degustar
entonces cierro los ojos que contienen el sabor.

Pan rayado

Guardado.

Un frasco para los pensamientos buenos
otro para los pensamientos malos.

Cerrar o abrir

los cajones donde está la abuela
la tía

que lo esparcía como si fuera arena
un juego

el rebozador que maquilla

el martillo de madera que golpea

la carne viva.

Ahora muerta.

Mi madre

que prefiere sus puños

la descarga

un manjar hecho de paciencia y furia.

El funcionamiento de las familias

conforme al uso de zapatos en las yemas de los dedos

queda huevo y pan rayado

un enchastre es el silencio.

Porotos negros

Vencidos por olvido.

En un frasco de plástico con tapa roja a rosca
que cientos de ellos no lograron destaparla
abrirnos los párpados

un día antes de ir a parar al tacho de la basura
decirnos,

apúrense,

prepárennos,

hagan algo con nosotros que no sea terminar enterrados,
preferimos un cuerpo

formar parte de una idea, un sentimiento, una verdad.

Pero no es fácil el destino de algo que nace roto.

Estos porotos

probados, por primera vez, en la casa de un amigo de mi marido,

que en ese momento era mi novio

en una receta brasileña llamada Feijoada

que de fe no tuvo nada

la cena

en la que colapsé

su amigo y su novia nueva hablando de la ex mujer, de quien fue después de muchos
años, mi marido

mis celos hicieron que al llegar, a la que era, nuestra casa

pateara un conjunto de botellas de vidrio azules

cayeron lágrimas por la escalera hasta la puerta

porque no había entendido la invitación a hablar de otra.

Los anfitriones habrán pensado que era un billete,

una camisa

las llaves del coche

presentes y mudas a la vez

y yo también

porque no me había podido defender

y pedía que alguien lo hiciera por mí

como un bebé

que no sabe las palabras

o una niña

que las sabe y no las puede usar.

Actuarlas hubiera sido atravesar la noche con mis propias manos.

Jugo de naranja

En polvo cicatriza los días de una amiga.
Su padre fallecido cuando tenía 15 años
y su madre un día salió de la casa y nunca más volvió.
A partir de que ella comenzó a vivir sola
por ende, a trabajar
y tener respuestas a preguntas que nunca se había hecho
compró jugo para tomar todos los días
como si fuera un objetivo por el cual levantarse
brindar por su vida
que seguía teniendo sentido
aunque, a veces, creyera que lo había perdido.
El padre y la madre era una parte.
Un globo que se pincha se infla otro.
El aire era importante
oler y degustar cada sabor.
Naranja, amarillo, pera, roja.
El cuerpo mezclaba sin distinción de función
lo que necesitaba se convertía en festejo y protección.
Por cada vaso estrenaba una pajita de color
entonces pienso en que el nombre *Mei* podría ser
el nombre de una flor artificial
que conectó cada arteria de su corazón
para que latiera aunque estuviese solo.

Postre de chocolate

Un sobre con polvo
un litro de leche
colocados en una cacerola
al fuego
se hace magia con una cuchara de madera
hasta que hierve la mezcla
y después se lleva al frío, la heladera.
El postre en una fuente oscura que hace de marco
es un retrato de mi bisabuela
que, dos veces por semana, nos esperaba en su casa
con el almuerzo preparado
después de la separación de mis padres.
Pienso que el ser humano puede vivir sin la idea de unidad
pero no sin unidad
que es un acto
en el que el cuerpo entero entra en la órbita de otro,
sabiéndolo a salvo
hasta que se retira de su visión.

Galletitas

Entre dos y tres paquetes por mes
para comer en un parque, la calle, una plaza.
En casa son sustituidas por tostadas con manteca y azúcar
pero, como no se puede tostar pan al aire libre, las llevamos cuando salimos a pasear.
Qué elocuencia
escribir permite darnos cuenta de la experiencia
que si no la pasamos por el ánimo, la mente, la mano
tiene un solo traje
para que la ubiquen en un lugar, en torno a la mesa en una fiesta.
Porque sería distinto si, en cada parque, calle, plaza
hubiera tostadoras, arriba de pequeñas garrafas
para que las personas pudieran salir sin gastar de más.
Una familia tipo, cuatro personas
a razón de una bebida de un litro
un paquete de 500 gramos de galletitas
y otra bebida más porque comer da sed
más la nafta o cargar la tarjeta para el tren o colectivo
es un montón de plata.
Así nos acostumbramos a no preguntar
cómo llegamos a un espacio público
se llega por canales privados
que impiden el ocio, la libertad, el esparcimiento.

Sal fina

Mi abuela
cada vez que llegábamos de la calle
enfermas
dolor de panza
de cabeza
ponía agua a hervir
en una cacerola gris metalizada
a la que le agregaba sal fina, ruda macho y laurel
y con esfuerzo porque no tenía
una las de las manijas
volcaba el líquido en un jarro más pequeño
para que lo pudieran sujetar dos niñas.
Después de una ducha ligera
nos echábamos el remedio desde la cabeza
hasta los pies
mientras repetíamos la palabra
¡afuera!
Y así se iba el mal
que consistía en que otros, en cambio de,
abrazarte
ofrecerte ayuda
refugio
una salida
te miraran fijo transmitiéndote mentiras.

Gelatina

Es indescriptible cuando, sin tener nada o casi nada,
queremos todo
abrimos un sobre de polvo
que se derrite con agua tibia
comienza el día aunque sea de noche en tu interior.
Y damos cobijo al silencio
cientos de grumos dispuestos en un recipiente
que al solidificarse y cortarlos vuelven al mismo lugar
como un amor que no se da por vencido.

Atún

De dos a cuatro latas por mes
responden la pregunta qué comer
sin tener que formularla.
Un camping de la juventud vuelto presente
tener todo el tiempo del mundo
muy poco dinero
arreglarnos con arroz, atún, sal, aceite y mayonesa
vivir en malla.
Sería ridículo ahora
ponerme la que usaba en ese entonces
porque no la tengo
no me entraría
y si la tuviera estaría a medias, descosida.
Pero me pasa que, cada vez que uso el abridor,
que me hago preguntas sin sentido.
¿Creeré que justo en ese momento
la persona con quien viajaba se acuerda de mí?
O ¿se acordará cada vez que abre una lata como la que abro yo?
O ¿nunca relacionó una vivencia con un pescado?
Entonces pienso en el pescuezo de las relaciones
el momento de retirar
las espinas para que no nos lastimen
la boca, la garganta, el estómago
y queda un corazón violeta
una memoria fácil de mezclar
e imposible de aprehender.

Choclo

Dos latas por mes para hacer tartas.
Mis hijos critican la receta que hago
porque no sale sabrosa como la que cocina mi madre,
es decir, su abuela.
Para ella la cocina es como para mí la escritura
el problema es que no podemos comer poemas
pero sí ver a una mamá contenta.
Porque divide el tiempo como si fuera un pan
un poco para vos, otro poco para vos y otro poco para mí.
Ella la saca el día anterior de la alacena para que se acostumbre
a la temperatura y la luz natural que entra por las ventanas.
Al otro día, prepara la salsa blanca
derrite manteca en una cacerola,
le agrega cuatro cucharadas soperas de harina,
dos vasos de leche
y revuelve
lentamente
la parte blanca de sus ojos,
sus canas,
las hojas en las que tomó apuntes toda su vida
se mezclan.
La receta que yo hago lleva más pasos
y, sin embargo, la complicación no redundará en el sabor.
Sólo me acuerdo una vez que me llamó mi tía por teléfono
porque le había gustado lo rebuscado
y cuando la hizo me dijo que no le había quedado tan rica
como la mía.
Quizá el gusto sea dejarnos llevar por el de otros
y en el camino,
asiento,
bocado,
cuchara
identificar si es para tanto.

Tazas

De las que tenemos sólo ubicamos cuatro a mano.
A Rita le gusta una que tiene su nombre grabado.
A Serafín una de vidrio.
A Dani le gusta una maciza que heredamos de su padre, Enrique.
A mí no me gustan las asas de las tazas.
Me gustan los vasos
por eso dejo uno de vidrio para cuando quiero tomar café.
Cuando me independicé mi abuela Nelly me regaló
una cafetera y seis naranjas y amarillas.
Como estaba grande para salir a comprar
le pidió a mi mamá que las comprara
y que no envolvieran el paquete con cinta para verlas.
Mi tía Estela me regaló seis blancas con un ribete negro en el borde superior.
Ella me hizo los regalos más osados que pudiera tener.
Y eso me inspira a pensar a que, a veces, estar un paso adelante
es simplemente hacer o comprar algo que nunca haríamos ni compraríamos.
De ese juego quedaron dos que Rita quiso pintar con marcadores
para cada tía, mi hermana Lucía y mi prima Carolina, hija de mi tía.
Aunque las personas que me regalaron ya no estén físicamente
están mientras preparo el desayuno.

Platos extraordinarios

Cuatro platos playos y cuatro hondos
de loza blanca
quedaron de un juego de seis.
Se rompen
como los vasos en el ajetreo diario y
me hacen preguntar si
comprar los que faltan
si esperar a que se rompa uno más
o mezclar la vajilla diaria con la extraordinaria.
Platos color arena con tres ribetes,
verde, dorado, verde.
Antiguos que pertenecían a mis suegros.
Están separados en otro modular
junto con copas, fuentes, servilleteros.
Es decir, usar las cosas que tienen historia
y pensar que, si se rompe la que contiene un plato,
es porque se tiene que romper.
Esa decisión iría en contra de lo que se hizo en mi casa de niña.
Mi madre alza a su propia madre cada vez que dispone la vajilla
que heredó de ella.
Es azul, gris y tostado.
Un juego de doce platos playos, hondos, de postre, para café y
pocillos y tazas y cuencos.
Completan dos estantes de un armario.
Una madre que le deja a su hija la vajilla
le deja un mensaje.
Pero cuál.
Sacá lo mejor cuando tengas ganas de invitar.
Sacalo para vos y decí que lo hacés cuando vienen los demás.
Usá los platos todos los días pero quedate con este en tu corazón
irrompible
de loza azul
hasta el cielo
o desde el cielo
voy a estar con vos.

Platos diarios

Blancos de porcelana.
Si se rompen compro otros
para que siempre esté completo el número seis.
Cada tanto dudo si no me convendría tener
los que son de un material similar al plástico
pero más duro
que parece ser eternamente nuevo
y es vejo
quedan los caminos de quienes comieron antes.
Conocí una casa en la que se usaban
son lindos
cómodos
y baratos
pero dejan al descubierto cuchilladas.
Un plato puede ser también una inauguración
de un día
una relación
una disposición que no sea disimular.

Filtros de café

Están escondidos en un rincón.

La primera vez que los tuve que usar
en un trabajo, temí.

Era secretaria del director de una cámara de chacinados.

Pregunté a otra mujer, secretaria principal
cómo se hacía el café en una cafetera eléctrica
y me electrificó con su mirada

no entendía que no supiera en el 2000 cómo se hacía algo
que llevara enchufe.

Soy hija de una pareja que vivió en una casa en la que se prefirió
no consumir.

Yo no reniego de mi origen ideológico
renegué de la mujer que me ayudaba sin quererme ayudar
smn

eran las letras que tenía que interpretar para apretar los botones y llevar un pocillo
hacia la mesa en torno, a la cual, se reunía un grupo de personas
en la que me distraje,

y, en cambio de apoyar la bandeja
me resbalé

como la jarra que llevaba
y me retaron diciéndome,
discúlpate,

con un hombre, al que apenas, le había salpicado la hoja de un cuaderno.

Y las pedí,

y, cuando finalizó la jornada,

el mismo, al que no había manchado sino un objeto,

me avanzó como avanzan los ellos

no los cerdos

con sus sonrisas mezcladas con intereses.

Estos filtros filtran el poder que te desnuda sin preguntarte si querés.

Caja de fósforos

Están en el primer estante
aunque la cocina tenga encendido eléctrico
conservar la posibilidad de deambular la noche
es una entrada a la juventud
pienso en mi hija
que me pide que salgamos en auto
a esa hora a escuchar canciones.
Rasgar fósforos sobre superficies chispeantes
que nos hagan ver detalles de las cosas
que se apagan con la velocidad
con la que aparecen y desaparecen las luciérnagas.

Té

Me hace acordar a un regalo
más que a los momentos en los que lo tomamos.
El hijo de un novio de mi mamá
para una noche buena
repartió a cada persona un poema
dentro de un sobre de té.
Antes,
no sé si recuerdo bien, después de 25 años,
dijo,
no tenía dinero pero les traje esto.
Y ese gesto me pareció que hubiese sido
un esplendor sin esa aclaración
porque alguien que regala un poema
no es alguien al que, necesariamente, le falta dinero
sino que está enraizado en las palabras
le saca las partes muertas
y se sorprende, sin importarle, si nace un yuyo o una flor.

Vasos de colores

Que haya muchos de vidrio.

De plástico.

Descartables.

Unos sobre otros.

Otros sobre unos.

Indistintamente.

Que no me dejen sola en la casa
con ellos me siento acompañada.

La posibilidad de brindar
con quienes conocemos
no conocemos aún.

Los vasos representan una gran fiesta
que se le da a una invitada
que no sabe nada.

La vida

llegan personas que aman
y cada una toma uno de la mano
como si fuera su otro yo
y cien vasos

mil

un millón en ronda

se estrechan

hacia adentro es como ocurren las cosas
salpicamos bebidas

que luego, caen al piso

y forman una enorme lágrima de alegría

que después de bailar

besar

emitir palabras hacia otrxs

los dejamos sobre mesas

que son camas donde sueñan los invitados que, alguna vez, estarán con nosotros.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

tamaradomenech.blogspot.com

edicionespresente.blogspot.com

www.instagram.com/tadomenech